Señoras y Señores!

Uno de los cánticos típicos de una parte de los hinchas alemanes de los años ochenta era el sonido de los monos. “Uh-uh-uh-uh.” Así insultaban a los jugadores negros de Africa. Y a veces también les tiraban bananas. Ay, perdón! Disculpen por favor mi fuerte acento. Es el sueño de mi vida hablar como un argentino! O, mejor aún, como un porteño.

Bueno, vamos a viajar juntos por un momento, no más de 15 minutos, a mi patria, a Alemania, para visitar a los hinchas allí. Voy a hablar de tres puntos:

- primero de la lucha contra la violencia en el fútbol alemán en el pasado
- segundo de la situación hoy en día
- y tercera de la diferencia entre los hooligans alemanes y la parte problemática de la Barra Brava en Argentina.

En los ochenta Alemania vivió un nuevo extremismo de derecha, con jóvenes racistas. A los hooligans alemanes les gustaba ir a la cancha para pegar a otros hooligans y a la policía. E intentaban reclutar a los hinchas para su partido político y su ideología.

Llevó un tiempo, pero los clubes reaccionaron. Hubo por ejemplo una acción: En una ocasión, todos los equipos de la primera división no vistieron sus camisetas con reclames del espónsor, sino con un mensaje contra la xenofobia. El eslogan decía: "Mi amigo es extranjero." Algunos años más tarde hubo otra acción muy parecida.

En general se trataba de otros tiempos: las canchas eran muy viejas, demasiado grandes, casi podría decirse que eran colosales, sin techo, y con una pista de atletismo que separaba a los espectadores del campo de juego.

En aquellos días de los ochenta, los partidos de la primera división se jugaban frente a 20.000 espectadores, de promedio. Menos que en la década anterior. Incluso el Bayern Munich jugaba, la mayoría de las veces, en su estadio olímpico semilleno, frente a apenas 30.000 hinchas. Hoy en día cada partido del Bayern tiene localidades agotadas. Siempre van 71.000 espectadores.

Claro que, por un lado, todas las canchas nuevas tienen la misma cara, como si hubieran sido hechas con ladrillos plásticos de Lego. Pero, por otro lado, son más seguras y más cómodas. Hoy la primera división del fútbol alemán tiene un promedio de 40.000 espectadores o más – duplicó el promedio de los ochenta. Es el más alto de Europa y a nivel mundial sólo asisten más espectadores al fútbol americano en los Estados Unidos.

Además el público ha cambiado. Hace 15 años era muy homogéneo y masculino. A la cancha no iban muchas mujeres y solo algunos niños – no solamente por la inseguridad sino también por los antiguos estadios. Canchas viejas dominadas por hombres, tipos duros, machos, de los cuales un montón buscaba violencia – cualquier semejanza con el fútbol argentino de hoy. Es pura coincidencia.

Pero hay una diferencia importantísima: los hooligans alemanes nunca tuvieron tanto poder e influencia económica como las Barras Bravas en Argentina. Jamás controlaron la venta de entradas, de estacionamientos, de comida en la calle o el merchandising. En Alemania el tema no tenía nada que ver con dinero o negocios. Aquí muchos miembros de las Barras son empresarios – en Alemania no lo eran.

Y, además, los dirigentes de clubes alemanes no utilizan a la hinchada para apoyar campañas políticas o electorales. Ellos son menos políticos. Apenas hay algún político importante – sobre todo: quienes lideran un club de fútbol no son ministros o presidentes del parlamento.

Nuestros políticos – por suerte! – sólo usan el fútbol indirectamente: Están en las tribunas y se enfervorizan cuando los enfoca la cámara de televisión. O sorprenden a los jugadores medio desnudos en el vestuario después de un triunfo.

A veces se necesita una catástrofe para despertarse.

En la Copa Mundial 1998 en Francia, hinchas alemanes patearon brutalmente al policía Daniel Nivel, papá de dos niños. Esto ocurrió afuera de la cancha. Hubo fotos del ataque – fue un schock para Alemania.

Nosotros, los alemanes, siempre nos preocupamos por nuestra reputación en el mundo (por todos los crímenes de lesa humanidad bajo Hitler). Y este ataque mostró la Alemania más fea. El policía estuvo en coma por seis semanas; sobrevivió, pero sufre hasta hoy: Habla muy mal y perdió un ojo. Este acto de violencia schockeo también a la Doña Rossa alemana que habitualmente no se interesa por el fútbol. Y nos mostró que hay problemas graves con la violencia de los hinchas.

Desde hace 20 años existe la Oficina Central de uso de los deportes. Es un departamento policial que se ocupa de perseguir la violencia en el deporte. Se archivan allí los datos de personas que durante eventos deportivos han cometido actos violentos. Violencia no significa únicamente golpizas, sino también ofensas a policías, robos y el uso de símbolos anticonstitucionales (como por ejemplo camisetas con la esvástica de los nazis.)

En estos archivos tienen actualmente nombre y dirección de 13.000 personas. Y hay 2800 personas que directamente le fue prohibido el ingreso a la cancha.

Además, la policía usa funcionarios que conocen bien los escenarios futbolísticos. No usan uniforme y observan a los hinchas.

II

Según fuentes estatales, entre los 54 clubes de las tres divisiones superiores hay 1.100 hinchas problemáticos; son personas que buscan violencia. Y hay por año 850 heridos. ¿Son muchos cuando hablamos de 20 millones de espectadores en todas las canchas?

Helmut Spahn, ex jefe de seguridad de la Asociación del Fútbol Alemán, usa una comparación que a mí me gusta.

Dice: La misma cantidad de heridos – 850 – tiene también la fiesta de la cerveza en Munich.

Pero ... ¡por día!

Y a esta fiesta van seis millones, no 20 millones. En este último tiempo la fiesta de cerveza se ha vuelto más peligrosa que un estadio de fútbol. Todavía – ¡obvio! – hay violencia y racismo en el fútbol alemán – pero sobre todo allí donde hay menos policía, menos seguridad, menos supervisión. En las ligas inferiores de fútbol.

Tenemos en Alemania frecuentes discusiones de más seguridad y más asientos. Cada partido es acompañado por cientos de policías. Pero la disputa más interesante es sobre ¿A quién le pertenece el fútbol? Muchos hinchas muy apasionados se sienten relegados por nuevos espectadores y, especialmente, por el comercio.

Dicen que murió el folclore.

Bueno, es que el club recibe la mayoría de sus ingresos de la publicidad, las transmisiones de la tele y palcos carísimos.

Y cada córner es patrocinado por una empresa. Eso también les crípa los nervios.

A nuestros vecinos, los ingleses, les parece curioso.

Allí envidian a los Alemanes porque todavía hay tribunas populares y las entradas no son caras. En su primera división todas las canchas tienen solo asientos e ir al partido no es un espectáculo para todos y todas.

III

Para ir finalizando y a modo de conclusión sugiero que le quíten la plata y la protección a las Barras violentas.

Sería la solución. No soy un boludo – bueno, quizás lo soy – aunque sé que será difícil liberar al fútbol de la violencia. Y las recetas de Alemania no sirven porque las estructuras son diferentes.

En mi opinión, acá en Argentina como también en toda Latinoamérica, la policía y la política son parte del problema. Ambos tienen relaciones con la Barra.

No olvidemos: La Barra no tomó el poder, sino que se lo dieron.

Por eso les hago otra propuesta: ¡Lleven a las mujeres al estadio! ¡Muuuuuchaaaas mujeres! Los caballeros lo saben: son ellas quienes llevan los pantalones. La señora es la jefa del hogar. Si los hombres obedecen a alguien ... es a la mujer.

¡Casi 40 por ciento de los espectadores del fútbol alemán hoy en día son mujeres! ¡Nunca habrá suficientes mujeres en la cancha!

¡Vamos!